

Y en el silencio experimentar a Dios

Elías e *Ignacio* reconocen su mismo error: Dios no necesita grandes palabras. Quien se acerque a Él lleno de confianza y sin decir nada puede experimentarLe en la indescriptible palabra del silencio.

A *Elías* le ocurre en el monte Horeb como a *Ignacio* en Manresa: “Y estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento... con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas... recibió una gran claridad en el entendimiento... que le parecía como si fuese otro hombre”. Y reconoció “cómo Dios habita en las criaturas... y así en mí” (EE nº 235).

Ciertamente *Elías* cree escuchar una frase en el silencio. Quizás se queda absorto por el silencio con el que Dios quiere salir hacia él; es una pregunta la que Dios le propone, una pregunta a la que él solo – sin consideración de otros – puede y tiene que contestar: “*Elías ¿tu qué haces aquí (en realidad)?*”.

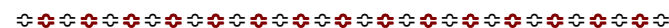
Alfred Delp escribe en la prisión, con las manos encadenadas – totalmente con el espíritu de *Ignacio* en Manresa y de sus Ejercicios: “Uno de los hechos conscientes de liberación, que el hombre debe realizar por sí mismo, es situarse siempre de nuevo en la soledad ante el gran Interlocutor”.

“*Elías ¿tu qué haces aquí?*”.

¿Qué Le contestaré yo a esta pregunta?

Theo Schmidkonz, S.J.

· *Dos Compañeros de Camino: Elías e Ignacio* ·



Huida a la cueva

Una de las mejores obras del párroco-pintor Sieger Köder es, con seguridad, el cuadro: “*Elías en el Horeb*”, allí el profeta encuentra a Dios de una forma totalmente nueva. Elie Wiesel opina así: “Este encuentro está en la cima en la historia del pueblo judío – y en su propia vida”. Nosotros enlazamos esta historia de *Elías* con las experiencias de *Ignacio* en Manresa.

Ambos se encuentran en un callejón sin salida. *Elías* (1Re 19), es perseguido, después de su terrible masacre a los 450 sacerdotes de Baal, y huye al Horeb, el monte de Dios. *Ignacio* busca una nueva identidad tras el derrumbamiento de los ideales que había tenido hasta ahora y “huye” a Manresa. *Elías* e *Ignacio* aterrizan en una cueva. El uno “para pernoctar allí”, para superar la noche de su corazón. El otro para encontrarse en la cueva de Manresa consigo mismo y con su Dios.

Experiencia de desierto y crisis

Elías experimenta el “infierno” del desierto. Está en el límite de sus fuerzas. No puede más. Se desea la muerte y clama a su Dios: “*¡Es suficiente, Señor!. Toma mi vida, pues no soy mejor que mis antepasados*”.

También para *Ignacio* la cueva de Manresa se convierte en lugar de tormento y de tentación. Como *Elías* experimenta también la carga aplastante de su pasado. El mismo escribe: “*Mas ninguna cosa le ayudaba. Estaba muy atribulado*” (AB).

Ambos se encuentran en una difícil crisis. *Elías* está rodeado por la tormenta, por el terremoto y por el fuego – signos de la

amenaza exterior e interior. El cuadro de **Sieger Köder** muestra esto de una forma impresionante. ¿Pero dónde está su **Dios**?. La **Biblia** dice: “*Ni en la tormenta, ni en el terremoto ni en el fuego*”. Allí donde, sin embargo, antiguamente los piadosos suponen a **Dios** y **Su** juicio. **Dios** es mucho más que un **Dios** de la tempestad.

También **Ignacio** grita: “*¡Señor, socórreme, que no hallo ningún remedio en los hombres!*” (AB). Incluso le atormentan pensamientos de suicidio.

En 1.944/45, **Alfred Delp** describe esta crisis de fe en el desierto ante la faz de su muerte:

*“Solo y abandonado a los vientos y a las tempestades, al día y a la noche, a las tenebrosas horas intermedias. Y al **Dios** que calla. No quiero escribir ninguna oda al desierto. Quien tuvo y tenga que resistirlo, hablará de él con reverencia. Es el gran espacio del sentido, del conocimiento, de las nuevas reflexiones y decisiones. Y es el rincón silencioso de nuestras lágrimas, de nuestras llamadas de socorro, de nuestras miserias y de nuestros miedos. Pero se necesita”.*

Las crisis en **Elías** y en **Ignacio** es para ambos también una crisis de **Dios**. Hasta ahora vivían la fe con una gran seguridad. Creían que podían disponer de **Dios**, en cierto modo, por medio de ejercicios ascéticos y de oraciones. (**Elías** en el monte **Carmelo** 1Re 18,16-49). Pero ahora experimentan la propia impotencia, tan profunda como un abismo – y a **Dios** como obscuridad y noche.

Escuchar el silencio - situarse en él

Ocurrió algo que es difícil de describir: “*Pero al fuego siguió una voz de silencio flotante*” (Martin **Buber**). Esto suena paradójico: una voz del callar, una voz del silencio. ¿Se puede escuchar el silencio, el callar?.

Ciertamente esto es lo nuevo en la vida de **Elías** y de **Ignacio**. Cuando dejan de hablar, que es incluso una forma profética de hablar, cuando reconocen la inutilidad de sus bien intencionadas actividades, cuando empiezan a callar y a escuchar – cuando ambos escuchan el silencio –, entonces perciben de repente que “*el Señor va a pasar*”. La lejanía aparentemente infinita se hace indescriptiblemente cercana.

Sieger Köder representa “*la voz de un silencio flotante*” en forma de hojas, que flotan en silencio. Un silencio que nos interpela literalmente en el cuadro. Y eso es lo esencial, aún cuando probablemente exija mucho ánimo escuchar el silencio y perseverar en él; captarlo, como un valioso tesoro, para en este silencio encontrar **Le** a **Él**.

Ignacio hace esta experiencia fundamental en **Manresa**:

*“Cuanto más sola y apartada se halle nuestra ánima se hace más apta para se acercar y llegar a su **Criador** y **Señor** y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y suma bondad”* (Anotación 20ª).

Elías quiere entrar en este silencio de una forma aún más intensa: “*Salió fuera, se colocó a la entrada de la cueva y ocultó su rostro con el manto*”. Por consiguiente, se atreve ahora a salir de su escondrijo, de su temor, de su seguridad y se coloca en una radical apertura a su **Dios**. Además oculta su rostro para esperar a **Dios**, el **Viviente**, con la mayor atención y reverencia.

También **Ignacio** aconseja permanentemente en sus **Ejercicios** de **Manresa** “*tanta mayor reverencia ante el **Dios** siempre mayor*”. Y nos anima también a salir fuera “*de nuestro propio amor, querer e interés*” (EE nº 189) y a entregarnos totalmente a **Él** sin reservas.